

En los cien años de un gran poeta: MANUEL MACHADO

Primogénito del jurista Antonio Machado Alvarez, un andaluz por los cuatro costados (aunque nacido accidentalmente en Santiago, donde su padre fue catedrático) y republicano de Salmerón que bajo el seudónimo Demófilo figuró entre los iniciadores de los estudios folklóricos hispanos —«Colección de enigmas y adivinanzas en forma de diccionario», «Colección de cantos flamencos», «Poesía popular, cuentos, cantares, fábulas...», «Estudios sobre la literatura popular»— alcanzando reputación internacional, el poeta Manuel Machado, nació en Sevilla un 29 de agosto, hace estos días cabalmente cien años. Su abuelo, el médico y naturalista Antonio Machado Núñez, ayudante de Orfila en París, gobernador liberal y rector de la Universidad hispalense más tarde, en 1883 se trasladó a una cátedra de la Central para asegurar la formación de sus nietos, por entonces aumentados con Antonio, José y Joaquín. Para que se formaran en la Institución Libre de Enseñanza, a la que Demófilo dedicara sus libros. La raíz andaluza, el padre folclorista, la tradición ilustrada, como la infancia sevillana y la formación castellana, en el Instituto-Escuela, son datos operantes para siempre en ambos hermanos, Manuel y Antonio.

Los Machado, como proverbialmente se les llamó durante cuarenta años: hasta que nuestra guerra había de separarles, no sólo geográficamente. Una de esas parejas o designaciones colectivas que tanto abundan en nuestra historia: los Argensola, los Iriarte, los Madrazo, los Bécquer, los Quintero, los Solana (o los Masdeu, los Torres Amat, los Milá, los Rubió, los Soldevila, los Xirau Palau, por venir más cerca). Harto acusada en nuestro caso por el hecho de que ambos Machado, Manuel y Antonio, se iniciaron juntos en el ruedo del sabio académico Eduardo Benot, contribuyendo a su «Diccionario de Ideas afines», y entraron ambos en periodismo por la revista de Enrique Paradás «La Caricatura»: colaboraron invariablemente, uno y otro, en las juveniles revistas culturales de aquel tránsito de siglo —«Vida Literaria», «Electra», «Juventud», «Helios»—, coincidieron en París traduciendo, entre otras co-

sas, para la casa Carnier y, lo que más pesa, mano a mano escribieron una abundante producción teatral —«Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel», «Juan de Mañara», «La Lola se va a los Puertos», «La Duquesa de Benamejí», etcétera, hasta la póstuma, para Antonio, «El hombre que murió en la guerra»— desde que María Guerrero les estrenó la traducción en verso del «Hernani» (y sin contar sus no pocas adaptaciones, de Lope, Calderón o Tirso). Como al allimón, obviamente y en cálidas palabras del patriarca Manuel B. Cossío, recibirían el homenaje que la Institución tributó a ambos ex alumnos a raíz del éxito obtenido en dicho Teatro Español con su «Julianillo Valcárcel».

Una «razón social» cimentada en el cariño invariable, en la firme y delicada amistad que unió a ambos poetas a lo largo de su vida. Incluso cuando la profesión tardía —de Manolo, archivero, y de Antonio catedrático de francés en provincias— les marcaba caminos divergentes, no por ello se aflojaron esos lazos: desde el lejano 1917 en que tomó casa en Madrid (para su madre y el tercero de sus hermanos, el pintor José), Antonio se las compuso para pasar en ella no sólo las vacaciones, sino también la mitad de cada semana. Y sin perder uno en esos veinte años, todos sus días madrileños recala en el café de turno —el Español, el de Levante, el Europeo, el Café de Varela— donde, a par de Ricardo Calvo y el duque de Amalfi, los amigos de infancia, centro obligado de la tertulia era Manolo con su gracia y señoría. Como no pasaba domingo sin que éste se llegara al piso de General Arrendo, 4, a matar la tarde con sus dos hermanos. Y apelo al testimonio que el menor de éstos nos brinda en un raro libro —«Últimas soledades del poeta Antonio Machado (Recuerdos de su hermano José)», impreso en Soria hace un par de años— que conozco gracias a la insaciable curiosidad y la diligencia de mi amigo Raimundo J. Bartrés. Dice así: «La vida de estos dos poetas estuvo siempre tan ligada, que uno de los motivos que aceleraron la muerte de Antonio fue la inevitable y forzosa ausencia de Manuel». Debo advertir que José acompañó a Antonio y a la madre en su viacrucis, hasta

la muerte en Colliure, y que sigue exiliado en Chile.

Diría más: con una prontitud, un gancho y una capacidad de adaptación en claro contraste con el retraimiento y la aparente timidez del hermano, escasamente un año menor que él, Manuel fue para éste un bienacepto mentor. En lo literario también. La altivez desengañada de que hace gala Manuel en su maravilloso «Adelfos», fechado en París y 1898, como el incisivo autorretrato de «El mal poema», su tercer libro, diez años después, dejan perceptible huella en el no menos soberbio que de sí nos da —en «Campos de Castilla», 1912— Antonio, ramas al fin de un mismo tronco. Como en este libro hará Antonio provechoso tesoro de la innovadora y emocionada interpretación que en «Alma», el primer libro de Manuel (1900), da el poema «Castilla»: el que en opinión de Unamuno —quien le dedicaría una página entera en «Heraldo de Madrid»— bastara para asegurar a su autor un lugar entre los grandes de nuestra lírica. Y excusado es ponderar el ejemplo de los cantares de Manolo, angustia existencial bajo la sencillez y gracia populares.

Bien; llegamos al punto en que la guerra quebraría esa «razón social», a un hermano colocando en la parte vencedora y de los honores, si al otro con los vencidos, el exilio y la muerte. Y que de allí a poco, mudándose de alto abajo las suertes del mundo, la cotización literaria de quien «casi desnudo, como los hijos de la mar» en una playa de Francia vino a morir, punto menos que desconocido (él, profesor de francés), subiera —con toda justicia— como la espuma. Al paso que al otro, a la poesía del otro, no hubo quien le librara del sambenito del hombre Manuel, incidiendo en que dijo «mi deseo primero hubiera sido ser un buen banderillero», no perdonándole que hubiera accedido a la Academia en el entonces apellidado II Año Triunfal y que en tal circunstancia «perpetrase» unas «Horas de oro (Devocionario poético)» que, para información de ignaros, no era sino una antología —desechando lo aparentemente superficial y lo pesimista, es cierto— de sus poemas mejores. Mas ya se comprende que no fueron razones literarias las que daban ahora, la óstraca al poeta de «Castilla», «La lírica de Carlos V» (cito por el aludido devocionario), «Felipe IV», «Andalucía», «De Profundis», el soneto «Yo me maté a mí mismo, pues no quiero», etcétera, las que dejaban sumirse en sombras esos y otros poemas inmarcesibles.

Y mientras el machacón aunar a troche y moche al uno, incluso en sus ramlonas humoradas de corte campoamorino, de un altísimo poeta estaba haciendo manoseado comodín; se la negaba al otro hasta la sabiduría, el ángel y el aquel: la retenida emoción conseguida por virtudes de una dicción sobria y llana guiada por una retina penetrante y una música interior, que en el culto del instante fugitivo vuelca entera la amargura de sabernos perecedores. Ni se percibía ya el vuelco, la salida llena de posibilidades, que dio al Modernismo a pique de ahogarse en sus perfumes. La oxigenación aportada por aquella poesía sin imágenes, introductora de un cotidianismo no muy lejano del que, a escala universal, iban a proponer Pound, Eliot y compañía. La enorme y matizada amplitud de su poesía, pese a la relativa brevedad de su obra.

Fruto de la casi general ignorancia vinieron entonces los dicharachos, lo de Machado el malo y Machado el bueno, es inútil aclarar por quién iba lo uno o lo otro. Ignorando, de paso, lo que el «bueno» anota en «Los complementarios», el cuaderno —no destinado a la publicidad— en que fue consignando sus meditaciones y el fruto de lecturas, de 1919 al 25, y que hoy conocemos en edición facsimilar de Taurus, con transcripción y edición crítica de Domingo Ynduráin. Hablando de sonetos, dice allí Antonio: «En España son bellísimos los de Manuel Machado». Y páginas allá luego de transcribir el de Góngora al sepulcro del Greco, remacha: «Después del soneto de Góngora y alguno de Calderón, no hay más sonetos en castellano que los de Manuel Machado», añadiendo a continuación uno de Manuel, y en exergo: «Del libro Apolo, maravilloso libro de sonetos pictóricos. 1909». Y no me resisto a recoger la confidencia que nos brinda José, el hermano de ambos: «Antonio, que tan profundamente penetraba



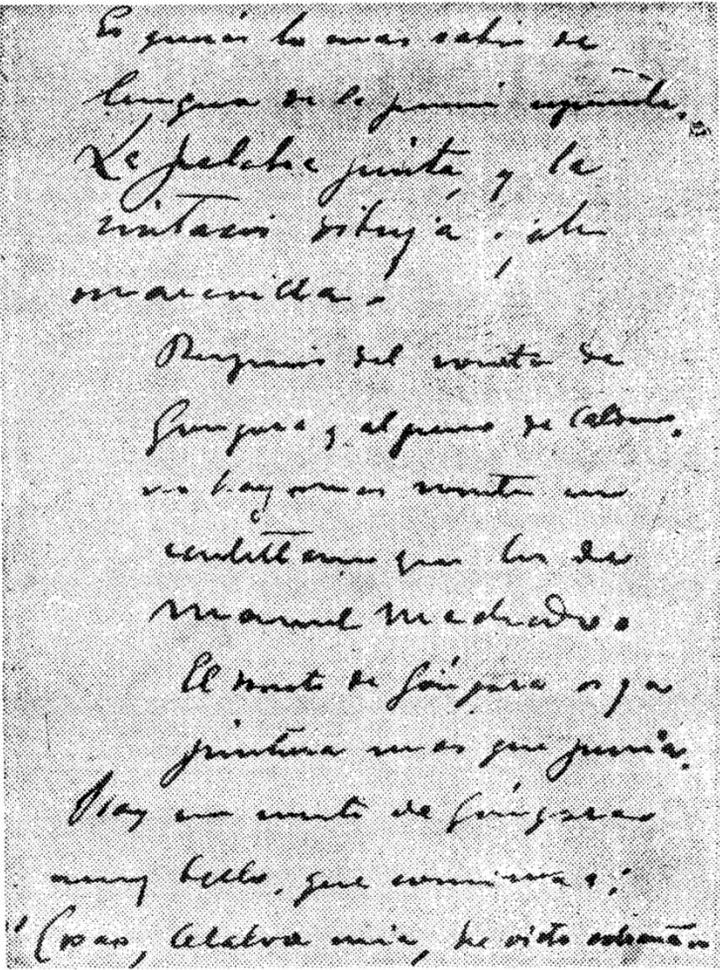
Los Machado (de pie, Manolo)

en el fondo de todo, me llegó a decir: Manuel es un inmenso poeta; pero para mí, el verdadero, el insuperable, no es como la generalidad de la gente cree, el de los cantares, sino el de todo lo demás. El de «Alma», «Caprichos», «El mal poema», etcétera».

Pues bien; en la alta Burgos, los libros y papeles que Manuel les legó llevan más de un cuarto de siglo arremolados en un pasillo de la llamada Institución Fernán González, del C.S.I.C. En la ducal Medinaceli y con motivo de sus X Jornadas de atracción turística, se ha llegado al extremo de dedicar una semana a Antonio, «ante la inminente celebración del centenario de su nacimiento»: precisamente mientras se cumple el del otro Machado. Y así va el mundo. (Recuerdan que en el Parque de María

Luisa, donde ya existen las glorietas de los hermanos Bécquer y de los Quintero, el Ayuntamiento hispalense decidió instalar una fuente de los Machado? El pintor y arquitecto de jardines, sevillano de pro, Javier de Winthuysen recibió el encargo y realizó el proyecto que nuestra guerra dejaría en nada. De seguir así las cosas, y puestos en trance conmemorativo, no extrañaría que al tomar cuerpo ese homenaje se quedara en Fuente del hermano Machado. El «bueno», claro está (aunque por los tumbos del gusto casi vaya quedando, injustos siempre, en lo contrario). Seriedad, amigos. Y no perder de vista que el mejor homenaje a un poeta, es leerlo.

Juan Ramón MASOLIVER



«Después del soneto de Góngora y alguno de Calderón, no hay más sonetos en castellano que los de Manuel Machado...», proclama este autógrafo de su hermano Antonio

Así cumplimos

... todos los meses

Sorteo 31 de agosto de 1974

Títulos amortizados por su valor nominal:

Y EK - BDE - JSF - VMLL
BAI - LLDR - HFE - ACC

Capitales pagados hasta la fecha pesetas 533.149.000

Así contribuimos a aumentar el patrimonio de nuestros clientes.



CAHISPA

Oficinas centrales: Lauria, 18 - Caspe, 42
Tel. 258 84 05 (20 líneas) - Telex 54663
Barcelona 10

Dirección adjunta: Plaza Lealtad, 2
Tel. 222 75 90 - Telex 27224
Madrid 14

Caja Hispana de Previsión
Compañía Capitaladora S.A.

Adim
SOCIEDAD ANÓNIMA DE INSTRUMENTOS MUSICALES

CURSOS DE ÓRGANO ACELERADOS
APRENDA A TOCAR EL ÓRGANO FÁCILMENTE
TAMBIÉN CLASES ESPECIALES PARA NIÑOS
PLAZAS LIMITADAS
RESERVE SU MATRÍCULA LLAMANDO AL TEL. 211 42 73

Adim
Calaf, 52 - Tel. 211 42 73 - Barcelona

En su Promoción de ventas...
Auxiliares de Publicidad y Marketing

<BANCO DE DATOS>
ROCAFORT, 39 TEL. 325 31 62 BARCELONA-15